

CARTA DE ISAÍAS DE GAZA A SU DISCÍPULO PEDRO* (LOGOS 25)

1. Introducción

Para introducir a nuestros lectores en la figura y el pensamiento de Isaías de Gaza, diremos que es uno de los pocos testimonios que nos han quedado del enriquecimiento y profundización de las enseñanzas monásticas desde sus fuentes primeras en Egipto y Palestina, hasta las grandes síntesis que se elaboran en torno al siglo VI y VII, tanto en Oriente como en Occidente. Y en particular en Gaza, no habría habido una doctrina como la de Barsanufio y la de Doroteo, si las enseñanzas de los Padres no hubiesen pasado por la experiencia y reflexión de Isaías que, formado en la más pura tradición de Egipto y Palestina, da un paso adelante en la decantación de esa realidad tan rica y compleja que es la vida monástica.

2. Isaías de Escete y de Gaza¹

Después de muchas vacilaciones, los trabajos de A. Guillaumont sobre los textos siríacos del *Ascéticon* (especialmente el *Logos VI*)², publicados por Draguet, no dejan lugar a dudas sobre la identidad de Isaías de Gaza. Muerto en Gaza en el 491, su formación monástica se dio en Escete, junto a grandes maestros como Juan, Poimén, Pafnucio, Amún, Agatón, Sisoés, etc. Ello surge del estudio de los apotegmas que llevan su nombre y, en particu-

* Introducción y notas del P. Fernando Rivas, osb, de la Abadía san Benito de Luján (Argentina).

¹ Una síntesis del *status quaestionis* sobre Isaías y sus textos se encuentra en: PARRINELLO, R. M., *Comunità monastiche a Gaza: da Isaia a Doroteo (secoli IV-VI)*, Roma 2010, 93-134.

² Puesto en relación con el texto de la vida siríaca de Isaías. Cfr. GUILLAUMONT, A., *Une notice syriaque inédite sur la vie de l'abbé Isaie*, en *Analecta Bollandiana* 67 (1949) 350-360.

lar, del manuscrito *Karakallos 251*, que contiene una numerosa colección de apotegmas de Isaias.

Después de una formación cenobítica en Nitria y Kellia, Isaias se retira al desierto interior de Escete³. Su ideal de *xenitéia* (*peregrinatio*) lo lleva a visitar los lugares santos y, después de una breve estancia en Eleuterópolis, llega a la región de Hilarión, unos quince kilómetros al sur de Gaza, donde se encuentra con Pedro el Íbero; ahí vivieron también otros ancianos importantes como Porfirio, *abba* Silvano, *abba* Focas, y *abba* Ireneo. Allí permanece aproximadamente unos 50 años, hasta su muerte, el 11 de agosto del 489⁴. Para evitar las visitas de monjes, se recluye totalmente en su celda y sólo recibe la asistencia de su discípulo Pedro, venido con él de Egipto. En torno a él se forma un verdadero cenobio, pero atendido por algún otro discípulo. Sabemos que establece una estrecha relación con Pedro el Íbero, que se instala cerca de Tavata, pueblo de Hilarión, en plena actividad defensiva de la fe anti-calcedoniana⁵. Ambos reciben la invitación de Zenón en el 487 para dirigirse a Constantinopla, en un esfuerzo por conciliar los grupos opositores a Calcedonia; pero Isaias argumenta enfermedad y Pedro huye a Fenicia por un año.

Zacarías, en su biografía, dice que Isaias era iletrado; sin embargo era consultado por los sofistas de Gaza, como Eneas⁶ y Nestorio, miembro de la curia de Gaza⁷. Una edición definitiva de su obra podrá ayudar a seguir el estudio del pensamiento e influjo de este gran monje⁸.

Tal vez la postura anti-Calcedonia fue la que empañó un poco la figura de Isaias en su momento y por lo que, por ejemplo, Doroteo cita sus textos pero nunca pone su nombre. Sin embargo, en sus escritos no ha quedado ningún vestigio de heterodoxia ni ningún pronunciamiento expreso contra Calcedonia, a diferencia de otros monjes que le precedieron o sucedieron y que fueron grandes padres del monacato egipcio y palestino con su centro en el monasterio de Gerara, 10 kilómetros al sudeste de la ciudad de Gaza y sobre el río llamado Wadi Gazaeos. Este monasterio fue fundado en

³ ZACARÍAS, *Vita Esaia* 16. Esta formación cenobítica se reflejará fuertemente en sus *Logoi* y apotegmas.

⁴ Tomamos la fecha propuesta por D. CHITTY (cfr. *The Desert a City*, Oxford 1966, 104 y la justificación en nota).

⁵ Cfr. Juan RUFO, *Vita Petri* 101-102.

⁶ ZACARÍAS, *Vita Esaia* 12.

⁷ *Ibid.* 5.

⁸ Desde los años 70, en Gottinga, se está preparando una edición crítica del texto griego, iniciada bajo la dirección del profesor Dörries, siguiendo las valiosas indicaciones de Draguet sobre el texto siríaco.

torno al año 400 por Silvano, venido de Escete⁹ con un grupo de discípulos, con quienes pasa un tiempo en el Sinaí, hasta establecerse en Gaza, como superior de una comunidad monástica. A su muerte (412) lo sucede Zacarías, y a éste lo sucede Zenón, padre espiritual de Pedro el Íbero.

Pedro el Íbero es un joven georgiano (Nabarnugios) que es llevado preso en el 429 a la corte de Teodosio II y Eudocia. Podría ser una visita oficial de Melania la Joven y Geroncio a la corte de Constantinopla en el 436, lo que motiva al joven georgiano y a un compañero a dirigirse a Jerusalén y abrazar la vida monástica en la segunda mitad del 437, entregando como regalo reliquias de mártires persas¹⁰. Poco tiempo después funda un monasterio en la Torre de David, en la misma Jerusalén, donde se dedica a la ascesis y a recibir peregrinos y allí recibe la visita del discípulo de Silvano, Zenón, llamado “el Profeta”. Éste le aconseja volver a vivir en comunidad y seguir el camino de la obediencia y la humildad¹¹. Cuando en el verano del 439 llega a Jerusalén la emperatriz Eudocia para la dedicación de la basílica de san Esteban, cuyas reliquias habían descubierto los monjes, Zenón aconseja a Pedro: “Sálvate, sálvate”, y éste huye de Jerusalén para establecerse en la comunidad existente entre Maiuma y Gaza¹². Juan Rufo, en sus *Pleroforías*, afirma que *abba* Zenón, como profeta, predice el concilio “apóstata” que se aproxima (Calcedonia, 451) y todos los males que va a acarrear a la Iglesia, por lo cual se recluye hasta la muerte¹³.

Pedro, hecho obispo de Maiuma, puerto de Gaza, pasa a ser la cabeza del movimiento monofisita en la zona de Gaza. Sin embargo, al retornar Juvenal como obispo de Jerusalén, huye en exilio a Egipto, donde permanece varios años y participa activamente en los grupos monofisitas de la región, llevando siempre vida eremítica¹⁴.

Pedro vuelve a Palestina como un gran combatiente por la verdadera fe (anti-Calcedonia) y se instala en Ascalón, unos 20 kms. al norte de Maiuma.

Según Juan Rufo, adquiere fama de taumaturgo¹⁵. Su labor de propaganda lo lleva a un continuo peregrinar y va fundando monasterios e iglesias. Llega a Tavata, ciudad natal de Hilarión al sur de Gaza, donde perma-

⁹ Cfr. *Abba Sylvain et ses disciples*, en *Irenikon* 61 (1988) 315-331; 451-480.

¹⁰ Juan RUFO, *Vita Petri* 37.

¹¹ *Ibid.* 47-48.

¹² *Ibid.* 50.

¹³ Juan RUFO, *Plerophoria*, 20.

¹⁴ Juan RUFO, *Vita Petri* 60-71.

¹⁵ *Ibid.* 126-127.

neces tres años. Allí se encuentra con Isaías, a quien ayuda con sus consejos¹⁶ y proveyéndole diariamente alimentos para su sustento¹⁷. Esto liga a Isaías al movimiento monástico monofisita, pero ninguna de sus enseñanzas o manifestaciones para con sus discípulos ponen de manifiesto una ruptura con la enseñanza de los grandes padres monásticos. Antes de morir, Pedro el Íbero tomará contacto con el gran baluarte del monofisismo del siglo VI, formado como monje en su entorno: Severo de Sozópolis, en Pisidia, quien será el obispo de Antioquía (512-518) y gran defensor del monofisismo¹⁸.

Después de la ida de Severo a Antioquía, se produce un vacío de información sobre la vida de los monasterios monofisitas de Gaza. Indudablemente, la ascensión de los emperadores calcedonianos, Justino (518) y su hijo Justiniano, produjo un clima político-ecclesial que no les fue favorable. En el 519 todos los monjes del monasterio de Pedro fueron expulsados por los calcedonianos y se replegaron al Enaton de Alejandría.

Sin embargo, la persecución continúa. Sabemos que el delegado papal Pelagio vino a Antioquía, a Jerusalén y a Gaza con el fin de ganar obispos, clérigos y monjes para la causa antiorigenista y procalcedoniana, apoyado por el concilio del 536 en Constantinopla, con la presencia del Papa Agapito, en su lucha en favor de la adhesión a Calcedonia (contra Severo de Antioquía). En el año 539 o 540 hubo en Gaza un sínodo para deponer al patriarca Pablo de Alejandría, monofisita¹⁹. Pelagio asistió y se puede suponer que tomó contacto con los medios monásticos de la región²⁰ y las colecciones de apotegmas que tenían. Al volver a Roma son traducidos tan rápidamente al latín que Benito puede citarlos ya en su *Regula Monachorum*.

3. Isaías y la escuela literaria de Gaza

Sin embargo toda esta historia del monofisismo y el papel de Isaías dentro de él no hace sino empañar lo que parece ser su gran aporte a la Iglesia y a la tradición monástica: estar en los orígenes de las grandes colecciones de apotegmas y en la elaboración de textos monásticos con los que se alimenta-

¹⁶ Juan RUFO, *Plerophoria*, 12.

¹⁷ Juan RUFO, *Vita Petri* 101-103.

¹⁸ Zacarías y Severo fueron compañeros de estudio en Alejandría (cfr. JUAN, *Vita Severus*, 223.86).

¹⁹ Cfr. VAN PARYS, M., *L'accès à l'Orient monastique chez saint Benoît*, en *Irenikon* 47 (1974) 48-58.

²⁰ Cfr. LANNE, E., *Le forme della preghiera personale in San Benedetto e nella tradizione*, en *Atti del 7mo. Congresso internazionale di studi sull' alto medioevo*, Spoleto 1982, 453-455.

rá el monacato a partir del siglo VI.

En efecto, según L. Regnault, las colecciones de apotegmas (y otras colecciones de textos llamados “de compunción”, de uso en los oficios nocturnos), habría tenido su origen en el entorno de Isaías y otros monjes escapados de Egipto por culpa de las razias de hordas beduinas, y refugiados en torno a Gaza y Jerusalén entre los siglos V y VI. Todo lleva a pensar que estas colecciones de apotegmas, primero la alfabética-anónima y luego la sistemática, fueron fijadas por escrito en esta región de Gaza. Cada grupo conservó los dichos de algún padre o *abba* admirado o seguido por ellos, como Antonio. La gran cantidad de apotegmas de Isaías hacen pensar que su grupo fue uno de los artífices de estas colecciones. Lo mismo sucede con Silvano. Estos monjes parecen ser portadores de esos dichos en forma oral, junto con el profundo sentimiento de la “pérdida del fervor primitivo” que hubo en Escete y sus alrededores, por lo que hacen el esfuerzo de editarlos con el intento de revivir ese fervor primero²¹, tal vez en Gaza. En la Gaza de tiempos de Barsanufio se plasma la fórmula “los Padres han dicho”, para presentar un apotegma determinado. Doroteo es el primero que usa el sustantivo “*Gerónticon*” para referirse a los dichos de los Ancianos²².

Al mismo tiempo, en la ciudad de Gaza, florece la escuela de retórica que pasa a ser una verdadera escuela cristiana, con figuras como Procopio a la cabeza. De allí habrían salido las llamadas *Catenas* o colecciones de textos patrísticos que comentan un determinado versículo bíblico.

Dentro del grupo monástico aparecen, como dijimos, las colecciones de apotegmas, dichos (“*logoi*”, Isaías), cartas (Barsanufio y Juan), conferencias (Doroteo) que, bajo la apariencia de una autoría personal, son claramente obra de maestros inspiradores y, tal vez, de dos o tres generaciones de discípulos que dan forma a la redacción final del “autor” en cuestión. Y esta situación lleva a que, en el caso de Isaías, se haya hecho tan difícil el armado del texto crítico, pues los manuscritos conservan textos tan distintos que se hace muy difícil armonizarlos para señalar el texto original. La obra de Draguet y el grupo de trabajo de Dörries dan prueba de ello. Es más, en el caso de Isaías la cuestión literaria, tan compleja, dificultó la identificación del autor mismo, para lo que fue muy valioso el aporte y trabajo de A. Guillaumont. Un ejemplo para comprender este cuadro redaccional complejo es la presencia en los manuscritos siríacos no sólo de variantes en el texto griego, sino también de temas distintos, con un vocabulario técnico bien preciso, que parecen inserciones posteriores, interpolaciones que nunca dejarán lugar a que se encuentre el texto original. Hoy se trabaja con un concepto de

²¹ Cfr. REGNAULT, L., *Les Pères du désert à travers leurs Apophthegmes*, Solesmes 1987, 69.

²² *Ibid.*, 77-78.

“autor” que no es el de ellos. Por otra parte, la no conservación de manuscritos anteriores al siglo VIII no ayuda a buscar la seguridad del texto original por ese camino.

El texto que presentamos aquí es el *Logos* 25 de la edición del monje Augoustinos (Jerusalén, 1911), o el número 7 de la edición de Draguet. No han quedado manuscritos siríacos, por lo cual no hay mucho material para buscar o discutir. Sin embargo, el contenido de este texto presenta una doctrina muy rica y particular, que lleva a pensar si verdaderamente pertenece a Isaías y qué lugar ocupa dentro del conjunto de enseñanzas que se han conservado de él. En notas al pie de página acompañaremos el estudio del contenido doctrinal de este *Logos* 25.

Bibliografía

- BARSANUPHIUS et IOHANNES GAZAEI, *Epistulae, Quaestiones*, ed. F. Neyt et P. Noah, traduction par L. Regnault, *BARSANUPHE – JEAN DE GAZA: Correspondance II, I* (SC 450, Paris 2000), pp. 111-117.
- CHITTY, D., *The Desert a City*, Oxford 1966.
- DRAGUET, R., *Les Pères du désert*, Paris 1949.
- *Les cinq recensions de l'Ascéticon syriaque d'abba Isaïe I-IV*, en CSCO, pp. 289-290 (trad. pp. 293-294), Louvain 1968.
- *Une section isaïenne d'apophtegmes dans le Karakallou 25*, en *Byzantion* 35 (1965), pp. 44-61.
- EVERGETINOS, P., *Recueil des paroles inspirées et des enseignements des Pères saints et théophoros rassemblés à partir de tous leurs écrits inspirés, disposés de façon simple et profitable par le saint moine Paul surnommé Evergetinos*, vols. I-IV, Orthdruk 2009.
- GUILLAUMONT, A., *L'Asceticon copte de l'abbé Isaïe*, Le Caire 1956.
- *Les "Kephalaia Gnostica" d'Evagre le Pontique, et l'histoire de l'origénisme chez les grecs et chez les syriens*, Paris 1962.
- *Une notice syriaque inédite sur la vie de l'abbé Isaïe*, en *Analecta Bollandiana* 67 (1949), pp. 350-360.
- HAUSHERR, I., *Le Métérion de l'abbé Isaïe*, en *OCP XII* (1946), pp. 286-281.
- *Les grands courants de la spiritualité orientale*, en *OCPI* (1935).
- HORN, C. B., *Peter the Iberian and Palestinian Anti-Chalcedonian Monasticism in Fifth- and Early Sixth-Century Gaza*, en *ARAM* 15 (2003), pp. 109-128.
- IOHANNES RUFUS, *Vita Petri Iberi*, en *Petrus der Iberer*, ed. R. Raabe, *Ein*

- Charakterbild zur Kirche- und Sittengeschichte des fünften Jahrhunderts*, Leipzig 1895.
- *Plerophoria*, ed. F. Nau, *Giovanni Beth Rufina, Plerophoria*, PO 8, Paris 1912.
- ISAIAS DE GAZA, *Asceticon*, ed. Augustinus Iordanites, *Logoi*, Jerusalem, 1911.
- *Asceticon*, trad. latina por Zinus, PG 40, cols. 1105-1206.
- *Recueil ascétique*, Introduction par L. Regnault et traduction française par H. de Broc, Annexe "Entre Scété et Gaza un monachisme en devenir: l'Abbé Isaïe", par Gueric Couilleau, (= Spiritualité orientale, 7 bis), Bellefontaine 1985.
- *Logoi*, ed. R. Draguet, *Les cinq recensions de l'Asceticon syriaque d'Abba Isaïe*, vols. I-II, Louvain 1968.
- PARRINELLO, R. M., *Comunità monastiche a Gaza: da Isaia a Doroteo (secoli IV-VI)*, Roma 2010.
- PERRONE, L., *La Chiesa di Palestina e le controversie cristologiche. Dal concilio di Efeso (431) al secondo concilio di Costantinopoli (553)*, Brescia 1980.
- REGNAULT, L., *Isaïe de Scété ou de Gaza?*, en *RAM* 46 (1970), pp. 33-44.
- *Correspondance de Barsanuphe et Jean de Gaza*, Solesmes 1971.
- *Les Apophtegmes des Pères en Palestine aux V^e-V^e siècles*, en *Irénikon* 54 (1981).
- *Les Pères du désert a travers leurs Apophtegmes*, Solesmes 1987.
- *La vie quotidienne des Pères du désert en Égypte au IV^eme. siècle*, Paris 1990.
- SOZOMENUS, *Historia ecclesiastica*, ed. B. Grillet et G. Sabbah, *Histoire ecclésiastique (Livres I-II)*, (SC 306), Paris 1983; *(Livres III-IV)*, ed. G. Sabbah (SC 418), Paris 1996; *(Livres V-VI)*, ed. G. Bidez et G. Sabbah (SC 495), Paris 2007.
- VAN PARYS, M., *L'accès à l'Orient monastique chez saint Benoît*, en *Irénikon* 47 (1974), pp. 48-58.
- ZACHARIAS RHETOR, *Vita Esaïe*, éd. E. W. Brooks, CSCO Sér. Syr. III. 25, 1/6 (1/10).
- *Vita Severi*, éd M. A. Kugener, PO 2 (1904), fasc. 3, 268-298.

LOGOS 25

(Draguet, *Logos 7*)²³*A abba Pedro, su discípulo*²⁴*El servicio de Dios exige el abandono de toda preocupación mundana*²⁵

Respecto a lo que me has escrito: “Quiero hacer penitencia por mis pecados ante Dios, si el Señor me libera de esta miserable preocupación que tengo del mundo”, es correcto si con ello quieres decir: “Si soy liberado de los obras de este mundo”; porque es imposible para el espíritu el preocuparse de ambas al mismo tiempo, como también lo ha dicho el Señor: “*No podéis servir a Dios y a Mammón*” (Mt 6,24). Mammón es el signo de toda la actividad de este mundo²⁶. Si el hombre no abandona el mundo, no puede servir a Dios. ¿Cuál es entonces el servicio de Dios, sino el no tener nada ajeno a Él en el espíritu cuando uno lo alaba, ni de concupiscencia cuando uno le reza, ni de malicia cuando le canta, ni de odio cuando lo adora, ni de deseo maligno que sea un obstáculo cuando uno conversa con Él, ni de voluptuosidad vergonzosa en los miembros cuando uno lo recuerda? Porque todas estas cosas son tenebrosas murallas que cercan al alma misérrima, y ella no puede servir a Dios en pureza, cuando las tiene dentro de sí, porque la retienen “en el aire” y no la dejan ir “al encuentro de Dios” (cfr. *1 Ts 4,17*), para alabarlo en lo secreto, para rezarle en la dulzura del amor, en la suavidad del corazón, en una voluntad santificada, para ser iluminada por él. Por todo esto el espíritu está siempre obnubilado y no puede progresar según Dios, porque

²³ Traducción de los monjes de san Benito de Luján, según el texto de Augoustinus. Es más común usar la numeración de la edición de Augoustinus, quien le asigna el 25º lugar, no así con la división en párrafos, que tomamos de la versión de Bellefontaine.

²⁴ El nombre “*abba*”, en Isaías, todavía es un nombre genérico para referirse a un monje de cierta edad. No significa que sea el superior de un monasterio, como sucederá más tarde y lo testimonia la *Vida de Dositeo 2*.

²⁵ Los subtítulos son agregados al texto original para delimitar ciertos temas.

²⁶ Esta expresión “signo” (*sêmeion*) debe entenderse en su sentido más fuerte, el que tiene en el evangelio de san Juan. El signo encierra una realidad más profunda de lo que él es en apariencia. Gracias a ello Isaías no deja que se separen los mundos de lo material y de lo espiritual. De este modo las cosas materiales y mundanas adquieren un valor espiritual que el monje debe conocer para poder asumir su combate con toda radicalidad. Tal como sigue el párrafo, Isaías no concibe una renuncia puramente espiritual, que no esté sustentada por la renuncia material. Tanto Barsanufio como Doroteo profundizarán esta línea de pensamiento de Isaías, a quien citan con frecuencia (aunque Doroteo no diga su nombre). Y en ellos el “signo” adquiere toda su consistencia teológico sacramental, recibiendo el nombre de “símbolo” (*symbolon*, sacramento, cfr. Doroteo *Conf 1*, 14-16 y *Conf 17*, 176-177).

no pone interés en cortarlas con destreza; en consecuencia le resulta imposible poner cuidado en cortarlas si no se encuentra desembarazada de la preocupación por las cosas de este siglo.

Hay en efecto dos “mundos materiales” que tienen poder sobre el alma. Uno viene de afuera, tiene la preocupación de este mundo para lograr el bienestar del cuerpo. El otro está adentro, es el de las pasiones, que pone trabas a las virtudes²⁷. Pero el alma no puede ver lo de adentro, las pasiones, si no está liberada del de fuera. Es por esto que el Señor dice: “*Quienquiera que no renuncie a todas sus voluntades, no puede ser mi discípulo*” (Lc 14,33). La materia de lo de afuera viene de la voluntad, y la de lo de dentro, de la conducta exterior. Nuestro Señor Jesús, sabiendo que es la voluntad la que manda en ambas, ha prescripto cortarla.

En tanto el alma se preocupa por las cosas de afuera, el espíritu está muerto, y entonces las pasiones de dentro ejercen, desenfrenadas, sus energías. Pero si el alma escucha la palabra del Señor Jesús que le pide recortar todas sus voluntades, odiará toda obra mundana, y entonces, el espíritu despierta y se yergue, hasta que las echa de su casa, vigilando sin cesar el alma, impidiéndole volverse atrás hacia aquellos que la maltratan.

Parábola de la esposa joven

El alma, en efecto, se parece a una mujer joven que viviendo con su marido, cuando está sola, pierde el temor y la contención, y no tiene más celo por ocuparse de lo que sucede en la casa. Pero cuando el marido vuelve a casa, llena al punto de temor, deja lo que está haciendo, y se ocupa en hacer lo que su marido desea, mientras él mismo se ocupa, a su vuelta, de los asuntos de la casa en todo lo que sea necesario. Tal es el espíritu: si está despierto, se preocupa por el alma y la cuida sin cesar, hasta que ella engendra con él, y alimenta a sus hijos, y desde entonces ambos tienen un solo corazón; el alma se somete al espíritu y le obedece, como está escrito en el Apóstol: “*El hombre es cabeza de la mujer*” (1 Co 11,3); y también: “*El hombre no debe cubrir su cabeza ya que es la imagen y la gloria de Dios, pero la mujer es la gloria del hombre. Porque el hombre no ha sido sacado de la mujer, sino la mujer del hombre; en efecto el hombre no ha sido creado para la mujer, sino la mujer para el hombre. Por eso la mujer debe tener en su cabeza un signo de sumisión, por respeto a los ángeles; pero para el Señor no existe la mujer sin el hombre, ni el hombre sin*

²⁷ Aquí Isaías invierte el valor del signo y pone de manifiesto cómo detrás de cada vicio hay un apego concreto a algo material y por eso le da el nombre de “mundo material”. Ningún vicio es simplemente interior y espiritual, sino que tiene un respaldo material, corporal, aunque no sea fácil de percibir a primera vista. Y por eso le da el nombre de “mundo material”. Son realidades inseparables, tanto en el pecado como en la virtud (la renuncia).

la mujer. Ya que así como la mujer ha sido sacada del hombre, del mismo modo, el hombre nace de la mujer, y todo viene de Dios” (1 Co 11,7-12).

Estas palabras son para aquellos que han sido considerados dignos de hacerse uno con el Señor y que no se encuentran divididos. Son los que le rezan a Dios en absoluta pureza, los que bendicen a Dios con un corazón santo, los que Dios ilumina; son los verdaderos adoradores que Dios busca (cfr. Jn 4,23), de los que dice: “*Habitaré y caminaré en medio de ellos*” (2 Co 6,16). Es lo que Él dice: “*Si dos se ponen de acuerdo en cualquier cosa, todo lo que pidan en mi nombre les será concedido*” (Mt 18,19). Él quiere, por lo tanto, que los suyos se hayan purificado tanto de la materia visible, como de aquella que está oculta dentro del alma, y de todo lo que Él ha aniquilado en su cuerpo por su Encarnación, tal como lo ha dicho: “*Permanezcan en mí, y yo en ustedes*” (Jn 15,4). Tú lo ves, hermano, Él quiere, en primer lugar, que nosotros moremos en Él por nuestra conducta, y entonces, Él morará en nosotros por la pureza, según nuestra fortaleza.

El bautismo implica la liberación del pecado

Pero tal vez alguno dirá: “Yo habito en él por el bautismo, pero no soy capaz de llevar tal vida”.

—Escucha, bienamado, es cosa segura que quien recibe el bautismo, lo recibe para aniquilar el pecado, como lo dice el Apóstol: “*Por el bautismo fuimos sepultados con Él en la muerte (...) para que fuera destruido este cuerpo de pecado, y así dejáramos de ser esclavos del pecado*” (Rm 6,4-6). En efecto, es imposible que Cristo y el pecado habiten juntos. “*Si, entonces, Cristo vive en ti, el pecado ha muerto, y el espíritu vive a causa de la justicia*” (Rm 8,10), como lo dice el Apóstol: “*La mujer casada está ligada a su marido por la ley mientras él viva; pero si su marido muere, ella queda liberada de la ley del marido. Es, por lo tanto, en vida del marido, que será llamada adúltera si se va con otro varón. Pero si el marido muere, ella está liberada de la ley, de modo que no es adúltera si se va con otro hombre*” (Rm 7,2-3). Así también, aquel que quiere saber si Cristo habita en él, lo reconocerá por sus pensamientos; en efecto, en tanto el pecado seduzca su corazón, Dios no mora en él, y su Espíritu no encuentra en él su descanso. Porque Dios habita necesariamente en el hombre, si éste cumple las obras, y el hombre habita en Dios, si su alma está liberada, como dice el Apóstol: “*Aquel que se une a una prostituta, es un solo cuerpo con ella. (...) En cambio, el que se une al Señor, se hace con él un solo Espíritu*” (1 Co 6,16-17). En efecto, todo lo que es contra-natura es llamado “prostituta”. Si, entonces, el alma está liberada, es que ella ha superado lo que le hacía de obstáculo en el aire, y entonces ella mora en Dios, y participa de su Espíritu, según la palabra: “*El que se une al Señor se hace con él un solo Espíritu*” (1 Co

6,17), y él le enseña cómo rezarle y adorarlo sin cesar, y ella le está unida. Él mora en ella, conduciéndola y dándole continuamente el descanso, revelándole sus honores y sus gracias inefables; ella renace, en efecto, de Él por el bautismo, y por la insuflación del Espíritu, como está escrito: *“El que ha nacido de Dios, no puede pecar (...) y el Maligno no lo toca”* (1 Jn 5,18), porque ha nacido de Dios, como lo dice en el Evangelio *“Si no se convierten y se hacen como niñitos, no entrarán en el Reino de los Cielos”* (Mt 18,3), y también: *“Como niñitos recién nacidos, deseen la leche pura de la palabra, para crecer en él”* (1 P 2,2).

La obra del niñito (lactante)

¿Cuál es el obrar del niñito? El niñito, si uno le pega, llora, y está alegre con los que se regocijan con él. Si uno lo insulta, no se enoja, y cuando se lo pondera no se enorgullece. Si uno honra a otro más que a él, no se pone celoso. Si uno se hace cargo de sus asuntos, no se inquieta. Si uno le deja poco en herencia, lo ignora. No entra en pleito contra nadie. No se pelea a causa de sus bienes. No odia a nadie. Si es pobre, no se contrista. Si es rico, no se agranda. Si ve una mujer, no la desea. Ni placer ni inquietud lo tiranizan. No juzga a nadie, no domina a nadie, no envidia a nadie. No se da corte con cosas que no sabe, no se burla del prójimo por su aspecto, no tiene enemistad con nadie, no disimula, no se afana por los honores de este mundo, no trata de acumular riquezas, no le agrada mandar, no es suficiente, no es discutidor, no enseña bajo el imperio de las pasiones, no se inquieta por nadie. Si lo despojan, no se entristece, no se encapricha en su voluntad propia, no tiene miedo ni al hambre ni a los malhechores, no teme ni a las bestias salvajes ni a la guerra. Si sobreviene una persecución, no se inquieta. Tal es aquel de quien Nuestro Maestro Jesús ha dicho: *“Si no se convierten y se hacen como niñitos, no entrarán en el Reino de los Cielos”* (Mt 18,3).

Cualidades y defectos de la infancia

Pero cuando el niñito crece un poco, y el mal empieza a morar en él, el Apóstol lo reprende diciendo: *“No seamos más como niños controvertidos y llevados por el viento de cualquier doctrina, por los engaños de los hombres y por su astucia para enseñar el error. Sino que, viviendo según la verdad y en la caridad, crezcamos en todo para él”* (Ef 4,14-15). Y también dice: *“Les he dado a beber leche, como si fueran lactantes, y no alimento sólido, que no podían asimilar, como tampoco ahora pueden”* (1 Co 3,2). Y también dice: *“Mientras el heredero es un niño, aunque es el dueño de todo, no se diferencia en nada del*

esclavo, pues está sujeto a sus tutores y administradores hasta que se cumpla el tiempo establecido por el padre. Así también nosotros, cuando éramos niños, estábamos sometidos a los elementos del mundo” (Ga 4,1-3). Y también: “Huye de las apetencias de la juventud” (2 Tm 2,22). Y nos enseña a abandonar el infantilismo diciendo: “Hermanos, no sean como niños para juzgar; más bien sean niños para la malicia, pero juzguen como personas maduras” (1 Co 14,20). Cuál es, entonces, el obrar de estos niños, sino aquel, según la palabra del Apóstol Pedro: “Arrojemos lejos toda maldad y malicia, hipocresía, envidia y toda clase de murmuración, como niños recién nacidos” (1 P 2,1-2).

La palabra del Señor sobre la imitación de los niños

Sabes, hermano, cuál es el sentido de la palabra que ha dicho Nuestro Maestro Jesús: “En verdad, en verdad les digo: si no se convierten y se hacen como niños, no entrarán en el Reino de los Cielos” (Mt 18,3). Estas palabras son muy de temer, pues Nuestro Maestro las ha dicho con juramento: “Amén, amén, yo les digo”, porque Él es en sí mismo el “Amén” (cfr. Ap 3,14). Por eso el Apóstol dice: «Como no hay nadie más grande que Él, Él jura por sí mismo: “Sí, verdaderamente, bendiciéndote, te bendeciré”» (Hb 6,13-14).

Comprendamos entonces la palabra con precisión, preocupémonos por esta palabra todo el tiempo, con temor y temblor, toda vez que el enemigo nos excita con un dardo contra el prójimo, cuando alguien nos lastima, nos insulta, nos calumnia, o cuando el prójimo se fastidia con nosotros, no queriendo obedecer, o una cólera impura nos atormenta, queriendo suscitar un mal recuerdo de lo que nos ha hecho el prójimo, con el propósito de oscurecer nuestra alma por el enojo y el odio. Si, por lo tanto, alguna de estas cosas aflora en nuestra alma, apresurémonos a recordar la palabra de Nuestro Maestro que aseguró con juramento: “Amén, amén, yo les digo: si no se convierten y se hacen como niños, no entrarán en el Reino de los Cielos” (Mt 18,3).

¿Quién no temerá al escuchar estas palabras? O bien, ¿qué sabio, deseando salvar su alma, no expulsará de su corazón toda crítica que dirija contra su prójimo? O, temiendo ir a la gehena, ¿no expulsará de su corazón todo odio para no ser expulsado fuera del Reino? Porque es una palabra cortante la que dijo Nuestro Señor Jesús: “Si no se convierten y se hacen como niños, no entrarán en el Reino de los Cielos” (Mt 18,3). Pesada es esta palabra para quienes se mantienen firmes en hacer su voluntad propia, para los que aman el mundo, para los que no conocen el don del Espíritu Santo, pues si éste viniera sobre ellos, les procuraría el olvido de todo mal, y les enseñaría lo que es correcto: en lugar de la cólera, la dulzura; en lugar de la enemistad, la paz; en vez de la discordia, la humildad; en vez del odio, la caridad; en lugar de la pusilanimidad, la paciencia. Pues así son los que se han hecho dignos de la regeneración (de nacer de nuevo).

La perfección de la verdadera infancia

Apresurémonos, por tanto, a arrancar de nuestro corazón lo que nos dice el gran Apóstol, y a abandonarlo para llegar a la medida del niño. Porque aquellos que han puesto interés y lo han arrancado de sus almas, han alcanzado también la santa madurez y la perfección. En efecto, después de haber soplado sobre sus rostros, diciéndoles: “*Reciban el Espíritu Santo*” (Jn 20,22), el Señor se les apareció en la costa del Mar de Galilea, diciéndoles: “*Niños (paidía), ¿tienen algo para comer?*” (Jn 21,5), recordándoles que por la insuflación del Espíritu es como los ha hecho niños, aún cuando no fueran niños por la carne. Está también escrito: “*Aquí estoy yo, y los niños que Dios me ha dado*” (Hb 2,13). “*Y ya que los niños tienen en común la sangre y la carne, el también participó de esa condición, a fin de reducir a la impotencia, mediante su muerte, a aquel que tenía el dominio de la muerte, es decir, al demonio, y liberarlos*” (Is 8,18 y Hb 2,14-15). ¿De “*la sangre y la carne*” de quiénes “*participó*”, sino de aquellos que han abandonado toda perversidad, y han alcanzado la medida de la santa niñez? Y éstos son los que se han vuelto perfectos, según la palabra del Apóstol: “*Hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo*” (Ef 4,13), y también: “*Así el cuerpo crece y se edifica en el amor*” (Ef 4,16). A ellos les que escribe el Apóstol Juan diciendo: “*Les escribo, niñitos, porque han conocido al Padre; les escribo, padres, porque han conocido a Aquel que es desde el comienzo; les escribo, jóvenes, porque han vencido al Maligno*” (1 Jn 2,12-13). Aquellos que se han hecho como niñitos en cuanto a la malicia, éstos se han hecho combatientes contra el enemigo, porque se han despojado de su armadura, la malicia; se han hecho también padres, y han llegado a la medida de la perfección, de modo que les son confiados los misterios y las revelaciones, hasta que lleguen a la sabiduría, a la unidad, a la bondad, a la mansedumbre, a la pureza. Estas cosas, en efecto, pertenecen a la mansedumbre, y estos son los que glorifican a Cristo en sus cuerpos. (cfr. 1 Co 6,20).

Oración para no dejarse embaucar por el enemigo

Luchemos, pues, querido hermano, durante la gran hambruna que ha llegado a la tierra, sin descorazonarnos por nada, implorando sin cesar de su bondad para que no nos dejemos embaucar por los engaños del Malvado y del Envidioso, que hace el mal sin piedad, y persevera sin pudor diciendo: “*si no es hoy, será mañana, pero no cesaré hasta que lo tenga en mi poder*”. En cuanto a nosotros, recemos con perseverancia, diciendo como el santo David: «*Mira, escúchame Señor mi Dios, ilumina mis ojos para que no me duerma en la muerte, para que mi enemigo no diga “lo he podido”, porque*

mis perseguidores se regocijarán si soy humillado» (Sal 12,4-5). Si nos asaltan, gritemos diciendo: «Dios, ¿quién como tú? No te calles ni te quedes quieto, Dios, mira que tus enemigos gruñen y los que te odian levantan la cabeza. Han concebido un mal deseo contra tu pueblo, diciendo: “no dejemos ni un recuerdo de Israel”» (Sal 82,2-4). Habiendo progresado en el Espíritu Santo, él dice: “Mi Dios, hazlos como un remolino, como paja en el soplo del viento. Llena su rostro de ignominia, para que sepan que tú sólo eres Señor” (Sal 82,14. 17-18). Mira, los que combaten por su fe fortifican su corazón contra el enemigo, y antes del combate se afianzan sólidamente sobre la roca santa que es Cristo (cfr. 1 Co 10,4), diciendo con corazón firme: “Me han rodeado como abejas alrededor de un panal, han ardido como fuego en las zarzas, y en el nombre del Señor los rechacé” (Sal 117,12).

Oración en la tentación

Si vemos que los enemigos nos acosan con sus engaños, es decir con la *acedia*, sea porque relajan nuestra alma por el placer, sea porque no contemos nuestra cólera contra el prójimo, si él actúa en contra de su deber, o si abruma nuestros ojos para llevarlos a la concupiscencia carnal, o porque quieren llevarnos a gustar el placer de la comida, o convierten para nosotros la palabra del prójimo en un veneno, o nos hacen suplantar la palabra del otro, o nos llevan a hacer diferencias entre los hermanos, diciendo: “ése es bueno y ése otro es malo”, si todas esas cosas nos rodean, no nos desanimemos, más bien, gritemos como David, con corazón firme, diciendo: “Señor, protector de mi vida, si un ejército se despliega en orden de batalla contra mí, mi corazón no temerá; si una guerra se levanta contra mí, yo espero en esto: sólo una cosa he pedido al Señor, y la busco: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida; contemplar la dulzura del Señor y visitar su santo templo. Porque él me ha protegido y ahora he levantado mi cabeza por sobre mis enemigos” (Sal 26,1. 3-5). Veán, esto es lo que hacen aquellos que han despertado su espíritu de entre los muertos, que el Apóstol llama noche cuando dice: “Nosotros no somos ni de la noche ni de las tinieblas” (1 Ts 5,7). Y volviendo sobre aquellos que no se preocupan de sí mismos dice: “Los que duermen, duermen en la noche, los que se emborrachan, se emborrachan en la noche” (1 Ts 5,7). Y también: “El día del Señor viene como un ladrón” (1 Ts 5,2) y no pueden escapar porque están en la noche. Y dice a los que despiertan su espíritu de entre las pasiones, que son noche: “Revistámonos con la coraza de la fe y de la caridad y con el casco de la esperanza de la salvación” (1 Ts 5,8).

El alma debe conservar su naturaleza

Hagamos todo, por lo tanto, con el espíritu alerta respecto de las obras muertas, atentos en todo momento a la acción del alma, para que ella no haga nada fuera de aquellas cosas que son conformes con su naturaleza (*katá fusin*)²⁸, porque ella es naturalmente versátil, según la palabra del profeta Isaías, que dice: “*El Señor te es favorable (...). ¡Humillada, turbada, sin consuelo!*” (Is 54,10-11). El alma se parece, en efecto, al hierro; si uno lo descuida, se herrumbra, y calentado al fuego, se purifica; mientras está en el fuego, es como fuego, y nadie lo puede agarrar. Porque es fuego. Tal es el alma: mientras mora con Dios y platica con él, se convierte en un fuego ardiente que quema a todos sus enemigos, aquellos que la hacían herrumbrarse mientras estaba indolente, y la purifica en la novedad como el hierro; ya no encuentra placer en las cosas del mundo, pero encuentra el descanso en su naturaleza –de la que se ha vuelto digna–, porque era lo suyo propio desde el origen. Pero si ella abandona su naturaleza propia, muere, como mueren los animales si uno los hunde en el agua, porque tienen una sustancia terrestre. Y lo mismo, los peces, si uno los saca a tierra, mueren, porque tienen una sustancia acuática; y también los pájaros, que están cómodos en el aire, pero que cuando quieren aterrizar, temen ser capturados. Tal es el alma perfecta que permanece en su naturaleza: si ella abandona su naturaleza, muere. También los que han sido considerados dignos y han obtenido estos dones contemplan al mundo como una cárcel, y no quieren involucrarse en él para no morir. Y tal alma no puede amar al mundo, aún cuando lo quisiera; ella recuerda, en efecto, el estado en que se encontraba antes de morar en Dios, de lo que el mundo le ha hecho, y cómo la ha dejado desolada.

El alma comparada a una ciudad ocupada por el enemigo, reconquistada por Cristo

Sucede como cuando el enemigo del rey ha entrado en una ciudad y los notables, atemorizados, le tienden la mano; él se apura de inmediato, impulsado por su maldad, a voltear las imágenes (*eikona*) del rey, y a abolir sus leyes. Sanciona otras leyes severas, y levanta sus propias efigies, y por último obliga a todo el pueblo a servirle. Pero si los habitantes de la ciudad avisan secretamente al Rey legítimo, diciendo: “Ven a socorrernos”, éste llega, encolerizado, con su ejército, y ante esta novedad la gente de la ciudad le abre las puertas, con júbilo. Entra, hace perecer al enemigo, derriba las efigies

²⁸ El alma que permanece unida a Dios, permanece en su propia identidad natural (*katá fusin*). Isaías encierra en su enseñanza un optimismo antropológico muy grande, ya que considera en todo momento el pecado como algo ajeno al hombre, que se le ha impuesto y que debe desechar.

levantadas en la opresión, y procede a abolir sus leyes; la ciudad se regocija y el rey legítimo restablece su propia (*imagen*²⁹) y sus leyes, se instala en la ciudad, la fortifica de tal modo que nadie puede volver a ocuparla; y a los que la habitan les enseña a combatir para que no tengan miedo ante cualquier enemigo.

Tal es el alma: después del Santo Bautismo³⁰, el enemigo la ha vuelto a dominar, la ha humillado con todos sus artificios vergonzantes, ha volteado la imagen del rey, y ha establecido la suya con sus leyes, la ha llevado a ocuparse de este mundo, la ha persuadido de cometer la impiedad sin escrúpulos, y ha hecho con ella lo que ha querido. Pero, después, la bondad del Santo y Gran Rey Jesús ha enviado la penitencia, y el alma se ha regocijado; la penitencia lo ha abierto, y el Gran Rey Cristo ha entrado, ha hecho perecer al enemigo, ha demolido su imagen y sus impías leyes, y liberándola, ha erigido su santa imagen, le ha dado leyes santas, y le ha enseñado a todas sus facultades (*aisthesis*) a combatir, y desde entonces establece su descanso en esta alma, porque se ha hecho suya. Esto es lo que pasa, gracias a Dios.

La imagen (eikón) del verdadero Rey: la caridad

Por lo tanto es imposible que el alma entre en el descanso del hijo de Dios si no tiene la imagen del rey. En efecto, lo mismo que un comerciante no recibe ni da una moneda que no tenga la imagen (*eikon*) del rey, de igual modo, si el alma no lleva puesta la imagen (*eikon*) del gran rey Jesús, los ánge-

²⁹ La imagen (*eikon*) de Dios se corresponde con el estado natural del hombre. El enemigo del hombre quiere grabar en él su propia imagen, pero ésta siempre está en tensión con el verdadero ser del hombre.

³⁰ El origen y fuente de toda santidad, el monje la ha recibido en el Bautismo. No se trata de una adquisición propia, sino del regalo de Dios por el Misterio Pascual de Cristo. El monje sólo debe luchar por conservar esa imagen pura y hacerla cada vez más resplandeciente, pero nunca pensar que es una conquista de sus esfuerzos. No se debe olvidar que Isaias vive en un contexto fuertemente marcado por el “mesalianismo”, error que consideraba que el monje, por su sola ascesis, conseguía la santidad por su combate, principalmente el de la oración, ya que el pecado venía siempre de la materia y el mundo exterior al espíritu.

³¹ Resaltamos esta expresión, ya que va a la par del concepto de “imagen” arriba enunciado. En efecto, cuando los sentidos (*aisthesis*) y facultades del hombre son purificadas por el bautismo y el combate espiritual de la ascesis, entonces se hace capaz de percibir la imagen divina (*eikon*) en las cosas y las personas, en los acontecimientos como en los sacramentos. Finalmente el hombre se hace capaz de captar la “gloria” de Dios, concepto teológico rescatado en la teología del siglo XX y que tuvo como antecesores más importantes a Isaias de Gaza y el llamado Pseudo-Macario. De este modo la ascesis, purificando los sentidos, reintegra la ruptura que se produjo por el pecado, que apagó esa capacidad perceptiva del hombre, tal como era en su estado natural. El hombre herido queda insensible, pierde la posibilidad de darse cuenta incluso de su propio pecado y de la presencia de Cristo con su perdón.

les no se regocijan con ella, y él la rechaza diciendo: “¿Cómo has entrado, si no tienes mi imagen (*eikon*)?” (cfr. *Mt* 23,12)³². Ahora bien, la impronta de su imagen (*eikon*) es la caridad; en efecto, él dice de sí mismo: “*En esto todos reconocerán que son mis discípulos, en que se amen los unos a los otros*” (*Jn* 23,35).

Pero es imposible que su caridad esté en nosotros, si el alma está repartida, buscando a Dios y amando las cosas del mundo. Lo mismo que un pájaro no puede volar con un ala sola, ni teniendo cualquier cosa enganchada, lo mismo el alma no puede progresar según Dios si está atada a cualquier cosa mundana; lo mismo que un velero al que le falta cualquier parte de su arboladura, tampoco el alma puede atravesar las olas de las pasiones si le faltan algunas de las virtudes. Lo mismo que los marineros en alta mar no se ponen lindas túnicas, ni mangas, ni sandalias, porque si no están desnudos no pueden navegar, lo mismo es imposible para el alma sortear las olas de los vientos contrarios de la malicia, si no se encuentra despojada de las cosas del mundo. También es lo mismo que un soldado que sale a combatir a los enemigos del rey; no los puede resistir si le falta una parte de su armamento; también le es imposible al monje resistir a las pasiones si le falta alguna virtud. De igual modo que cuando los enemigos quieren entrar en una ciudad fortificada, que tiene parte de su muralla derruida, concentran su atención en la brecha para entrar por allí, porque aún cuando los guardianes estén en las puertas, no pueden resistir al enemigo si la muralla derruida no ha sido rehecha; lo mismo al monje, entregado a la ascesis, le es imposible resistir a los enemigos cuando está bajo el dominio de una pasión; no puede entonces alcanzar la medida de la perfección.

Testimonios escriturarios sobre la necesidad de practicar todas las virtudes

No soy yo quien dice esto, sino la Escritura divina. En efecto, está escrito en el Génesis: “*Y dijo Dios a Noé: El único justo y perfecto que he visto en esta generación eres tú*” (cfr. *Gn* 7,1). Y también le dijo a Abraham: “*Sé irrepachable en mi presencia, y yo estableceré contigo una alianza eterna*” (cfr. *Gn* 17,1-2.7). E Isaac al bendecir a su hijo Jacob le dijo: “*Que mi Dios te fortifique, para que puedas cumplir toda su voluntad*” (cfr. *Gn* 27,28). Y también está escrito en Números: “*Quienquiera que haya hecho un voto, que se abstenga de beber vino, vinagre de vino, bebida fermentada y todo lo que viene de la viña, aún el orujo*” (cfr. *Nm* 6,2-4). Y también en el Deuteronomio: “*Si sales a combatir contra tu enemigo, guárdate de toda palabra mala*” (*Dt* 23,9), hasta que tu enemigo sea entregado entre tus manos. “*De estos siete pueblos no dejarás nada que respire, no sea que te enseñen a pecar contra mí*” (*Dt* 20,17-18). Y para

³² Isaías introduce en esta parábola el concepto de “imagen” que no se encuentra en el texto de Mateo.

enseñarnos a no acobardarnos, nosotros que decimos “¿cómo podremos exterminarlos, si son tan numerosos?” nos dice: “No podrás exterminarlos en un solo año, no sea que la tierra se convierta en un desierto y se multipliquen las bestias salvajes sino poco a poco, hasta que te vayas multiplicando y te acrescieras y Dios agrande tus fronteras” (Dt 7,22). Él les dio a menudo esta orden: “Ten cuidado de no hacer alianza con los cananeos, que yo voy a exterminar delante tuyo” (Dt 7,2). Y cuando Josué, hijo de Navé, se fue a cercar a Jericó y a destruirla, Dios le dijo: “La consagrarás por voto al anatema, con todo lo que contiene” (cfr. Jos 6,17). Y al querer combatir contra Gai, Israel huyó ante ellos, porque no podía combatir contra sus enemigos, porque Akán había robado un poco de lo consagrado al anatema, y Josué, postrado rostro en tierra, lloró delante de Dios, diciendo: “Israel ha vuelto la espalda ante el enemigo, y yo ¿qué haré?” (cfr. Jos 7,8). Y “el jefe del ejército del Señor” (cfr. Jos 5,14) le dijo: “Porque el anatema está en ti, Israel, no podrás resistir frente a tus enemigos” (cfr. Jos 7,12), y él no volvió a salir en orden de batalla hasta que no hubo suprimido a Akán. Y vemos que Dios le quitó a Saúl la realeza, porque él tomó de Amalec lo que estaba consagrado al anatema (cfr. 1 S 15,15). Y porque Jonatán había metido su lanza en un panal de miel y se la había llevado a la boca, Dios no le concedió a Israel en ese día lo que pedía (cfr. 1 S 14,27). Y el Eclesiastés nos dice también, para mostrarnos que una muy pequeña pasión anula la fuerza de las virtudes: “Moscas muertas estropean una vasija de aceite” (Qo 10,1). Ezequiel dice también: “El día en que el justo yerre fuera del camino de su justicia, yo pondré la aflicción delante de su rostro, y no me acordaré más de su justicia” (Ez 18,24). El Apóstol también dice: “Un poco de levadura fermenta toda la masa” (Ga 5,9). Ananías y Safira, su mujer, que habían tomado para sí parte del precio del campo y habían mentido, cayeron enseguida a los pies de los apóstoles y murieron a causa de esta pequeña acción (Hch 5,1-10). Santiago dice también “El que observa toda la ley, si comete un desvío en un solo precepto, quebranta toda la ley” (St 2,10).

Llamado a la penitencia

Para darnos la fuerza de convertirnos hacia él, Dios le dice a Ezequiel: “El día en que el impío abandone el camino de su impiedad, y practique el derecho y la justicia, no me acordaré más de sus impiedades y vivirá, porque yo no quiero la muerte del pecador sino que se convierta y viva, dice el Señor. Vuelvan y conviértanse, ¿por qué quieres morir, entonces, casa de Israel?” (Ez 18,21-23,30. 31). Y Jeremías dice también: “Vuelvan a mí, casa de Israel, y les seré propicio, dice el Señor Todopoderoso” (cfr. Jr 3,21). Y también: “¿Es que el que cae no puede levantarse? ¿Y el que dio la espalda no puede darse vuelta? ¿Por qué este pueblo me da la espalda de modo descarado, por qué se encaprichan en

su resolución y no quieren volverse hacia mí, dice el Señor?” (Jr 8,4-5). “Vuelvan a mí y yo volveré a ustedes” (Mt 3,7). Y el Señor Jesús dice también: “Si ustedes perdonan a los hombres sus faltas, el Padre celestial también los perdonará; pero si ustedes no perdonan, tampoco el Padre los perdonará” (Mt 6,14). Y el Apóstol dice también: “Si alguien cae en alguna falta, ustedes, los espirituales, restablézcanlo en espíritu de benevolencia” (Ga 6,1). Y Santiago dice también: “Hermanos, si alguno se pierde lejos del camino de la verdad, y otro lo reconduce, sepa que el que hace volver al pecador de su extravío, salvará su alma de la muerte, y cubrirá un multitud de pecados” (St 5,19).

El socorro divino no está asegurado más que a los que perdonan al prójimo

He aquí que todos estos testimonios de las Escrituras nos animan a examinarnos a nosotros mismos, temiendo que al hacer nuestro trabajo seamos maliciosos con nuestro prójimo, o que, encolerizados contra él, no lo perdonemos, y que ese enojo haga que se pierdan nuestros esfuerzos, de tal modo que Nuestro Señor Jesucristo no nos socorra cuando nuestros enemigos nos atormentan. Puesto que él mismo ha reprochado a los que así actuaban, diciendo: “*Servidor malvado, te perdono toda esta deuda porque me suplicaste, ¿no debiste haber tenido piedad de tu compañero? Y en su cólera, lo entrega a los verdugos hasta que devuelva todo lo adeudado. Así actuará mi Padre celestial, si cada uno no perdona de corazón a su hermano.*” (Mt 18,32-35). Examínate, pues, hermano, observando todos los días tu corazón. ¿Qué hay en él delante de Dios? ¿Reproche respecto de un hermano, odio, insulto, celos o arrogancia?, mientras dices: “¿no puedo ni verlo, es horripilante!”. Si un tal veneno brota en tu corazón, acuérdate de la palabra del Señor Jesús que dijo: “*Así actuará vuestro Padre celestial si cada uno no perdona a su hermano de todo corazón*” (Mt 18,33). También todo aquel que teme ir a la gehe-na, echará fuera toda maldad de su corazón, para que esta nefasta sentencia no caiga sobre él.

¡Cuidado con los falsos profetas!

Examina, entonces, tu corazón, hermano; vigila a tus enemigos, que son arteros en su malicia, y convéncete en tu corazón de esta palabra: “Es imposible para el hombre hacer el bien cuando hace el mal, mientras que el hombre puede hacer el mal bajo pretexto de bien”. Es por esto que el Señor nos ha enseñado a vigilar, diciendo: “*Angosta es la puerta, y estrecho el camino que lleva a la vida, y son pocos los que lo encuentran, pero ancho y espacioso es el que lleva a la perdición, y son muchos los que van por él. Cuidense de los falsos*

profetas que vienen a ustedes disfrazados de corderos, pero que por dentro son lobos rapaces; por sus frutos los reconocerán” (Mt 7,14; 13,15-16). ¿Cuáles son entonces sus frutos, sino toda la contra-natura con la que nos abruman, haciendo desear y consentir en ella nuestro corazón? Pero a los que aman a Dios con todo su corazón, los falsos profetas no los pueden hacer consentir en ninguna de sus obras, según la palabra del Apóstol: “¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿La tribulación, el desamparo, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada? Porque estoy seguro de que ni muerte ni vida, ni ángeles ni principados, ni presente ni porvenir, ni ninguna otra creatura podrá separarnos del amor de Cristo” (Rm 8,35. 38-39).

La serpiente de bronce, figura de Cristo

Tú lo ves, hermano, a quienes aman a Dios de todo corazón, nada de este mundo, puede separarlos de su amor. Vigila, entonces, tú, no sea que alguna cosa de la perdición te haga volver atrás: oro o plata, casa o placer, odio o agravio, alguno que te hiere con una palabra, o toda ponzoña del dragón que alienta en nuestro corazón. No te turbes, por tanto. Pero esforcémonos, más bien, en fijar los ojos en la serpiente de bronce que fabricó Moisés según la palabra del Señor; él la puso, en efecto, sobre el madero en la cumbre de la montaña, para que todo hombre mordido por la serpiente la mirase y enseguida quedase curado (cfr. Nm 21,8-9). Nuestro Señor Jesús es semejante a la serpiente de bronce. Porque la serpiente es el enemigo: Adán, escuchándola, se convirtió en enemigo de Dios. Nuestro Señor Jesús se hizo hombre perfecto en todo salvo en el pecado (Hb 4,15), a semejanza de Adán, por nuestra causa; por tanto, serpiente de bronce, porque semejante al que se convirtió en enemigo de Dios, pero careciendo de malos pensamientos, de veneno, de malicia, y no se arrastra ni silba, ni tiene el aliento del enemigo. Nuestro Señor Jesús tomó esta imagen a fin de neutralizar el veneno que Adán había tragado de la boca del dragón, y de retornar la naturaleza, que se había vuelto contra-natura, a la conformidad con la naturaleza.

«El Señor dijo a Moisés: “¿Qué tienes en la mano?”. Y él le contestó: “Un bastón”. Él le dijo: “Arrójalo al suelo”. Él lo arrojó y se convirtió en serpiente, y Moisés huyó ante ella. Y Dios le dijo: “Tiende la mano y agárrala por la cola”. Él la agarró y se convirtió en bastón en su mano» (Ex 4,2-4). «Y le dijo Dios: “Toma el bastón que fue cambiado en serpiente y golpea el río de Egipto en presencia del Faraón, y su agua se cambiará en sangre”» (cfr. Ex 7,15 y 17). Y además: “Toma el bastón que fue cambiado en serpiente y golpea el Mar Rojo y se secará” (cfr. Ex 14, 16). Y también: “Toma el bastón que tienes en la mano, con el que golpeaste el Mar Rojo; golpearás la roca y te dará su agua” (cfr. Nm 20,8). Tú lo ves, el que camina tras las huellas de Nuestro Señor Jesucristo, después

de haber sido un enemigo y una serpiente, será cambiado en bastón, y ningún enemigo le podrá resistir. Grande es este misterio; si el dragón inoculara su veneno en nosotros, esforcémonos en fijar los ojos en aquel que ha subido a la Cruz, porque le han hecho todo eso por nuestra causa, y lo ha soportado sin caer en falta, sin enojarse contra los que lo maltrataban, sin responder a ninguna palabra dura, sino que se quedó inmóvil, como la serpiente de bronce. Si, entonces, nosotros lo contemplamos, y seguimos sus huellas, somos curados de las mordeduras de las serpientes invisibles. El poder y el auxilio son de aquel que dijo: *“Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado en alto para que todo hombre que crea en él no muera sino que reciba la vida eterna”* (Jn 3,14). Esto es, camina tras sus huellas, para ser curado por él. ¿Cómo podremos ser curados si no creemos que es poderoso? En efecto, la serpiente de bronce no podía curar por sí misma a los que habían sido mordidos en el desierto, sino que aquel que había sido mordido por la serpiente la miraba con fe y era curado (cfr. Nm 21,9); pero también hubo muchos que fueron muertos por las serpientes, porque no creyeron en la palabra de Dios, como dice el Apóstol: *“No tentemos al Señor, como hicieron algunos de ellos, y fueron muertos por las serpientes”* (1 Co 10,9). Sábelo, hermano, hay todavía hoy serpientes dentro del alma que quieren tentar a Jesús. Y ¿qué es tentar a Jesús, sino preguntarle por sus mandamientos en vez de cumplirlos?, como está escrito: *«Uno de los doctores de la ley, para tentarlo le dijo: “Maestro, ¿cuál es el más grande y el primer mandamiento de la ley?”; y Jesús le dijo: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y a tu prójimo como a ti mismo. A estos dos mandamientos se refieren toda la ley y los profetas”* (Mt 23,35-40). Tú lo ves, se les llama tentadores a los que preguntan sin cumplir, porque no quieren creer que la serpiente de bronce puede salvarlos del veneno de la serpiente invisible.

El hombre que se entrega a la penitencia, comparado con el niño en el regazo materno

Controla tu corazón, y no digas, empujado por la *acedia*: “¿Cómo podré yo conservar las virtudes, yo, que soy un pecador?”. Porque cuando un hombre abandona sus pecados y se vuelve hacia Dios, su penitencia lo reengendra, como dice el Apóstol: *“Como hemos llevado la imagen (eikon) del (hombre) terrestre, llevaremos también la del (hombre) celestial”* (1 Co 15,49). ¡Ya lo ves, le ha sido dado al hombre el poder de transformarse por la penitencia, y de hacerse, por ella, todo nuevo! Puesto que mientras el niño está en el regazo de su madre, ella lo protege en todo momento de cualquier mal, y cuando llora, le da el pecho. Poco a poco ella le va dando cachetes, a la medida de sus fuerzas, asustándolo para que tome su leche con temor y que su corazón no esté lleno de presunción. Pero cuando llora, se apiada de él,

porque ha salido de sus entrañas; lo consuela, lo abraza y lo reconforta, hasta que toma el pecho. Si uno le muestra al lactante oro, o plata, o piedras preciosas, o cualquier otro objeto de este mundo, los mira, pero si está en el regazo de su madre, todo lo desprecia, a fin de tomar el pecho. Su padre no lo reprende porque no trabaja, o porque no va a guerrear contra sus enemigos, porque es pequeñito y no podría; tiene pies, pero no puede tenerse en pie; tiene manos, pero no puede sostener las armas. Su madre lo trata con condescendencia, hasta que, poco a poco, crezca. Y cuando haya crecido un poco, y se quiera pelear con otros que lo tumben, su padre no se enoja con él, sabiendo que es un niño. Cuando se hace hombre, su celo se manifiesta. Si se muestra hostil hacia los enemigos de su padre, éste le confía sus intereses, porque es su hijo. Pero si, después de todas las penas que sus padres se han tomado por él, al crecer se convierte en una peste, si odia a sus padres, si desmiente a su raza, y se liga con los enemigos de ellos, ellos lo privarán de su benevolencia y lo expulsarán de su casa para no dejarle herencia.

La penitencia en el Antiguo Testamento

En cuanto a nosotros, hermano, cuidémonos de nosotros mismos, para quedar al amparo de la penitencia, y recibamos la leche de sus santos pechos, para que nos nutra. Despreciemos, también, todo lo que se ve, para que su leche resulte sabrosa en nuestra boca. Carguemos con el yugo de su enseñanza (*paideia*), para que ella se haga cargo y se preocupe de nosotros; y si combatimos contra nuestros enemigos, y ellos nos tumban, pequeños como somos, lloremos ante ella, para que ella ruegue a nuestro padre, para que él nos venga de aquellos que nos maltratan. Cortemos de nuestro corazón toda voluntad propia, y gustemos de vivir como extranjeros, para que ella nos salve como a Abraham (cfr. *Hb* 11,9). Sometámonos bajo sus manos como Jacob, para recibir la bendición de nuestro Padre (cfr. *Gn* 27,6-10). Odiemos la voluntad de nuestro corazón, como lo hizo Moisés, y fue preservado bajo su protección y se alzó contra aquellos que lo querían matar, como un hombre liberado de cualquier voluptuosidad (cfr. *Ex* 2,3). No la despreciemos, no sea que nos odie como Esaú (cfr. *Gn* 26,35). Conservemos su pureza, para que ella nos exalte en la tierra de nuestros enemigos, como a José. Que nos resulte un buen refugio, como fue para Josué, el hijo de Navé: “*Era un niño que no salía nunca de la Tienda*” (cfr. *Ex* 33,11). No demos nunca lugar a la acedia en nuestro corazón, no sea que ella nos desherede de la tierra de la promesa (cfr. *Nm* 13,31). Amemos en todo la humildad y esforcémonos por entrar en la tierra que mana leche y miel, como Caleb (cfr. *Nm* 14,24). No apetezcamos nada de lo que pertenece a la perdición, no sea que seamos exterminados, como Akán (cfr. *Jos* 7). Amemos su conciencia, que

nos lleva en todo momento a la compunción, para que nos salve de la tentación, como a Rahab (cfr. *Jos* 6,23). No seamos golosos de ciertos manjares, no sea que nos extermine como a los hijos de Helí (cfr. *1 S* 2,12-17). Preservémonos de toda injusticia, como Samuel, a quien la conciencia no le reprochaba de hacer daño al prójimo. (cfr. *1 S* 12,3). No queramos tener mal talante hacia los demás, para que no nos rechace, como a Saúl (cfr. *1 S* 18,9). Amemos el no hacer nunca el mal al prójimo, para que ella nos libre del Maligno, como a David (cfr. *2 S* 16,11). No amemos la vanidad y la vanagloria, para que ella no nos expulse de la faz de nuestro padre, como a Absalón (cfr. *2 S* 14,25). Pero amemos la humildad y la modestia, para que ella nos haga los vengadores de los enemigos de nuestro padre, como a Salomón (cfr. *1 R* 2). Amemos en todo el renunciamiento, mortificando nuestros miembros respecto de cualquier obra de muerte, para recibir un corazón valiente contra nuestros enemigos, como Elías, el tesbita. No seamos amigos de la voluptuosidad y de la concupiscencia, no sea que nos extermine como a Ajab (cfr. *1 R* 21,21). Combatamos hasta la muerte para no perder su santa heredad, como Nabot de Yezrael (*1 R* 21,3). Obedezcamos en todo a nuestros padres según Dios, cortando toda voluntad propia para serles sumisos, para que su bendición permanezca con nosotros como sobre Eliseo (*2 R* 2,15). No seamos codiciosos y mentirosos por respeto humano, para que no nos maldiga como a Giezi (cfr. *2 R* 5,27). Amemos en todo a los fieles más que a nosotros mismos, para que ella nos bendiga, como a la Sunamita (cfr. *2 R* 4,9-10). No tengamos un amor culpable por las cosas vergonzosas, no sea que ella nos extermine delante de sí, como a Aquías y Sedecías, asados por el rey de Babilonia (cfr. *Jr* 36,21). Odiemos el pecado hasta la muerte a causa de nuestras almas, para que ella venga en nuestro auxilio el día de la necesidad, como para Susana (cfr. *Dn* 13). No apetezcamos manjares variados, para que no nos abandone como a aquellos que recibían su alimento de la mesa de Nabucodonosor. Amemos en todo la mortificación, para que se regocije por nosotros, como por los compañeros de Azarías (cfr. *Dn* 1). No seamos perezosos, como los Babilonios que murmuraban contra los fieles (cfr. *Dn* 3,12). Cumplamos con nuestro servicio, como Daniel, sin obedecer a la pereza del cuerpo, porque él prefirió morir antes que omitir los oficios que hacía cada día (cfr. *Dn* 6,11). Porque Dios es poderoso, el que salva de sus pruebas a los que le aman, y extermina a los malvados. En efecto, la fe que el justo tenía en Dios transformó a las fieras en ovejas de los rebaños.

¡Bendito sea el Dios de la penitencia, que él bendiga a aquellos que la aman, y someten su nuca al yugo de la voluntad de la penitencia, hasta que él sea regenerado desde lo alto en la voluntad de Dios!

Cuidarse de todos los enemigos de la penitencia

El hombre ha menester, hermano, de una gran capacidad de discernimiento, que recorte toda voluntad carnal, y de una vigilancia atenta en todos sus caminos, para evitar perder el rumbo y caer en manos de los enemigos de la penitencia. Son numerosos los que lo rodean y quieren separarlo de ella; porque la sedicente pretensión de justicia lo degüella, el juzgar a los pecadores la echa, menospreciar a los negligentes la detiene. Se dice de ella en *Proverbios*: “*Todas sus sendas son rectas, no come su pan en la pereza, fabrica vestiduras y mantones dobles para su marido, es como barco mercante que viene de lejos y va acopiando la riqueza*” (cfr. *Pr* 31,27; 22,14). Comprendamos lo que ella es por estas palabras: El mercader que fleta este barco, no pone solamente una mercadería, sino todo aquello de lo que sabe que obtendrá un beneficio. Y si ve a alguno que ha sufrido un quebranto, no se interesa por él; se interesa más bien por aquellos que se han enriquecido, y se han retirado a sus casas. Evita toda operación dañina, y se endeuda todo lo que puede, hasta que logra adquirir lo que desea. Su preocupación es conseguir adquirir otra vez la mercadería que le ha dado ganancia, e interrogar a aquellos que no compiten con él, sino que se han enriquecido y se han retirado a sus casas. “¿Cómo venderé esto? ¿Cómo lo compraré?”.

Tal es el alma que quiere encontrar a Dios sin reproches. Una sola operación no le basta, sino que se ocupa de cualquier operación ventajosa; y, si por el contrario, se entera de que alguna operación puede serle perjudicial, la evita para no quedar lastimado. En cuanto a ti, hermano, te calificas de negociante para Jesús (cfr. *Lc* 13,19). Ten cuidado, porque el negociador de este rey, está alejado de cualquier operación desventajosa; y advierte qué cosas le son desventajosas: la gloria de los humanos, el orgullo, la autojustificación³³, el desdén, las palabras irritantes, el amor al lujo, la vanagloria, el amor a la diversión. Todo esto es desventajoso para los negociadores de Jesús, y les resulta imposible agradarle cuando tienen alguna de estas cosas en su haber. Examínate, hermano, entonces: ¿qué posees tú? Que tu espíritu observe tus capacidades: ¿cuáles fructifican para Dios, y cuáles consienten al pecado? ¿Tus ojos son cautivados por el placer, tu lengua es vencida por su ímpetu, ves que tu corazón se ufana agradablemente por el honor recibido de los hombres, tus oídos se regocijan por las murmuraciones? Todo esto, en efecto, es desventajoso para el espíritu, porque está escrito en el Levítico: “*Le habló así a Aarón: No ofrezcas sobre mi altar un animal que tenga un defecto,*

³³ Si bien este término es de origen paulino (*dikáioma*), el uso que encuentra en la escuela de Gaza, principalmente en Barsanufio, ponen de manifiesto un rasgo distintivo de este grupo y que busca señalar el peligro del monje que cree alcanzar la justificación por sus obras y no por la obediencia u oración de sus padres.

para no morir”³⁴ (cfr. *Lv* 22,20). Ahora bien, Aarón es ejemplo³⁵ del espíritu. Y porque la Enemistad confunde su malicia a la supuesta pretensión de justicia³⁶, por esta causa Dios prescribe examinar cuidadosamente antes de ofrecer, para no morir. Morir es desaparecer de la visión, y comprometerse con aquellos que quieren mancillar sus facultades.

El alma purificada convirtiéndose en una novia para el Señor

Tales son las palabras de quienes aman a Jesús, esperan en él, y lo tienen por santo prometido; y su alma se vuelve una novia adornada de toda virtud, poseyendo su santo espejo, según la palabra del Apóstol: “*Y nosotros, con el rostro descubierto, reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados en esta misma imagen, de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor*” (2 Co 3,18). “*Porque ahora vemos en un espejo, de modo oscuro, pero entonces lo veremos cara a cara*” (1 Co 13,12). También aquellos que se han hecho novias para él en la pureza, observan en sí mismos, como en un espejo, si no hay por ventura en su imagen alguna mancha que pueda disgustar a su prometido, porque él busca vírgenes, almas puras que no tengan ninguna mancha, como está escrito de Rebeca: “*La virgen era muy linda, y no conocía varón*” (Gn 24,16). Y el profeta dice: “*Le llevarán vírgenes al rey en su cortejo, sus allegadas te serán llevadas*” (Sal 44,15) “*le llevarán*” significa su santa Encarnación; “*sus allegadas*” significa la unión con él, porque la regeneración del santo bautismo las ha renovado de toda vetustez, la penitencia las ha purificado y convertido en vírgenes santas que han olvidado toda vetustez, y no se acuerdan más, según lo que él les ha dicho: “*Escucha, hija, mira y presta oído, olvida tu pueblo y tu casa paterna, y el rey deseará tu belleza*” (Sal 44,11-12). Y todas las potestades celestiales la admirarán a causa de la pureza que le ha dado la penitencia, que se ha hecho un solo cuerpo con él, y dirán: “*¿Quién es esta que sube, toda blanca, apoyada en su hermano?*” (Ct 8,5).

³⁴ Isaías, igual que Doroteo, ve en los distintos elementos de la vida del monje, la realidad de lo que simbolizaban las antiguas ofrendas del culto del Templo de Jerusalén (cfr. Doroteo, *Conf.* 15-17).

³⁵ El término utilizado, *hypódeigma* (*exemplum*), se aplica a un acto cuya realización hace presente y vivo a quien fue su autor por excelencia. Es lo que Cristo dice a Pedro en el lavatorio de pies (cfr. *Jn* 13,14-15): “*Cuando repitas lo que he hecho por ti, seré yo quien esté obrando en ti*”. Se trata de otro rasgo característico de la espiritualidad tan claramente litúrgica que se encuentra en estos monjes de Gaza a partir de Isaías.

³⁶ Como muchas otras veces, Isaías está aquí modificando un texto bíblico, al punto de no poder decir si es cita, referencia o bien algo asumido en su propio discurso. Se trata de *Pr* 11,15.

Hagamos entonces todo cuanto nos sea posible, con lágrimas; luchando poco a poco hasta despojarnos de la conducta del hombre viejo, guardándonos de todo acto de perdición hasta que su amor venga a nosotros, nos quite la imagen del terrenal y erija su santa imagen (*eikon*) en nuestro corazón, para que seamos dignos de él, purificados de toda mancha, como dijo el Apóstol: *“Tal como hemos llevado la imagen del terrenal, llevemos también la imagen del celestial”* (1 Co 15,49). Porque el Apóstol sabe que no existe hombre sin pecado, después de la caída, y que la penitencia puede todavía devolver al hombre a una renovación sin pecado; por eso nos dice que abandonemos la conducta del que desobedeció el mandato, para conducirnos como Nuestro Señor Jesucristo. Es decir, según los santos mandamientos de aquel que tuvo misericordia, que ha soportado la servidumbre del hombre para introducirlo en el paraíso escondido, concediéndole todas sus santas virtudes; que le ha dado a comer del árbol de la vida, es decir de la pureza que ha aparecido en él; que ha apaciguado a los querubines y a la espada llameante que hacían girar, para guardar el camino del árbol de la vida (cfr. Gn 3,24), es decir del conocimiento de sus santas palabras; que pone la paz en el espíritu de los creyentes, los preserva sin cesar, les cierra los oídos a toda palabra mala del dragón, les recuerda la amarga servidumbre de su pasada condición, para que no vuelvan a ella; que les hace dar gracias sin cesar a aquel que los ha rescatado a precio de su sangre; que borró en la cruz el acta de su esclavitud (cfr. Col 2,14); que ha hecho de ellos hermanos y amigos (cfr. Jn 15,14); que ha derramado sobre ellos su Espíritu por gracia. *“Apacigüen su corazón –les dice–, yo subo hacia mi Padre y vuestro Padre, mi Dios y vuestro Dios”* (Jn 20,17); y también: *“Yo quiero, Padre, que allí donde yo estoy, ellos también estén conmigo, porque yo los he amado como tú me has amado”* (Jn 17,24,23).

Nos muestra también que él no habla de todos, sino de aquellos que han abandonado sus voluntades y seguido su santa voluntad, y que han cortado por sí mismos toda complicidad con el mundo; dice, en efecto: *“Yo los tomé del mundo, y es por eso que el mundo los odia, porque ya no le pertenecen más”* (Jn 15,19). Tú lo ves: aquellos que han abandonado las cosas del mundo, éstos son los que han sido juzgados dignos de ser sus prometidas, y permanecen en unión con él, como dice el Apóstol: *“Es por ello que el hombre dejará a su padre y a su madre, para unirse a su mujer, y los dos no serán sino una sola carne; este misterio es grande: quiero decir, se refiere a Cristo y a la Iglesia”* (Ef 5,31-32; cfr. Gn 2,24). Y dice también: *“Los paganos son admitidos a la misma heredad, miembros del mismo cuerpo, y beneficiarios de la misma promesa en Cristo Jesús por el Evangelio”* (Ef 3,6). Tú lo ves: en aquellos que han sido juzgados dignos de no hacerse sino un solo cuerpo con él, habita su santo Espíritu, es él quien los ayuda y se preocupa de ellos según lo que está

escrito: “No son ustedes los que hablarán, sino que será el Espíritu del Padre el que hablará en ustedes” (Mt 10,20). El Apóstol dice también: “Dios nos lo ha revelado por el Espíritu; el Espíritu, en efecto, lo escudriña todo, incluso las profundidades de Dios” (1 Co 2,10). “Nosotros, en efecto, tenemos –dice él–, el pensamiento de Cristo” (cfr. 1 Co 2,16). ¿Cómo, entonces, el pensamiento de Cristo podría concebir algún pecado?

Es necesario imitar la conducta de Jesús para poder unirse a él

Comprende, entonces, este misterio en tu corazón: cada especie sobre la tierra engendra, al unirse a miembros de su misma especie y no a los de una especie extraña, ya sea ganado, bestias salvajes, reptiles o pájaros. Es por ello que Dios hizo pasar todas las especies por delante de Adán, para ver si encontraba alguna semejante a él, y él no pudo encontrar ninguna, porque no eran de su misma naturaleza (cfr. Gn 2,19-23). Entonces Dios, tomando una de sus costillas, hizo la mujer, puesto que la había tomado de su marido. Grande es este misterio de aquellos que se han hecho sus prometidas; son de su misma esencia por la regeneración y pertenecen a su santo cuerpo, según lo que dice el Apóstol: “Nosotros no formamos todos sino un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno miembros los unos de los otros” (Rm 12,5) Y también: “Somos miembros de su cuerpo, de su carne, y de sus huesos” (Ef 5,30). Tú lo ves, él quiere que el hombre sea en todo como es él, así como Eva ha salido de Adán, y es semejante a él en todo. En consecuencia, si nosotros tenemos algo de lo irracional de los animales, o bien de la avidez de las bestias salvajes –nos despojamos unos a otros–, o de la inestabilidad de los pájaros, o del veneno de los reptiles... tales almas no pueden ser para él vírgenes, porque su conducta no es como la suya. Tú lo ves, hermano, ¡cómo quiere él que el hombre le sea semejante, liberado de todo lo que corresponde a la contranatura, para ser digno de hacerse para él una prometida! Ahora bien, el alma reconoce sus pensamientos por su conducta; porque si ella practica las obras, habita en ella el Espíritu Santo; porque las obras hacen renacer al hombre desapasionado, y es imposible que el Espíritu de Dios no habite en tal alma, según la palabra del Señor: “Si ustedes me aman, guardarán mis mandamientos, y yo rogaré al Padre, y él les enviará el Paráclito, el Espíritu de la verdad” (Jn 14,15-17). El Apóstol dice también: “¿No reconocen que Cristo habita en ustedes? ¡A menos que ustedes no estén entrenados y la prueba se vuelva contra ustedes mismos!” (2 Co 13,5).

Tú lo ves, si el hombre no adquiere la conducta de Jesús, no está entrenado, y no es una virgen junto a él. Todas las vírgenes prepararon sus lámparas, pero aquellas que no tenían obras fueron echadas de la puerta (cfr. Mt 25,1-12). La red arrojada al mar trajo peces de toda especie, pero él sólo

tomó los buenos, y los hizo entrar en el Reino (cfr. *Mt* 13,47-48). La cizaña creció con el trigo, pero en el momento de la cosecha, se la engavilló y echó al fuego (*Mt* 13,25-30). Los sarmientos permanecieron en la vid, pero los que no cargaban fruto fueron arrojados al fuego (cfr. *Jn* 20,6) Las ovejas pastaban con los chivos, pero él no hizo entrar consigo sino a las ovejas, y los chivos fueron expulsados fuera (cfr. *Mt* 25,32-33). El sembrador sembró su semilla, pero sólo se regocijó con la que brotó en buena tierra (cfr. *Mt* 13,3-9). Dio su plata sin segunda intención, pero sólo se regocijó con aquel que le rindió el doble (cfr. *Mt* 25,14-23). Todos fueron llamados para la boda, pero hizo arrojar a las tinieblas eternas al que no tenía traje de boda (cfr. *Mt* 22,11-13). Estas palabras se nos dirigen a nosotros, porque todos nosotros decimos que creemos, pero él arrojará afuera a los que no tienen la conducta compatible con su divinidad, según aquello que él dijo: “*Muchos son llamados, pero pocos son elegidos*” (*Mt* 22,14).

Exhortación al coraje y a la confianza

Examinémonos, hermanos, y consideremos nuestra propia conducta antes de encontrarnos con él. No hagamos caso de los que cumplen las voluntades carnales de su corazón, no perdamos una tan gran riqueza, de la que podríamos disponer en el momento de la necesidad. Luchemos por adquirirla, y despreciemos como a un enemigo aquello que deberemos abandonar. Observemos a aquellos que han hecho toda su labor en la preocupación de las cosas percederas: las han dejado, y se han ido, y por causa de ellas han heredado la *gehenna*, porque no han querido seguir las huellas del Señor para ser dignos de hacerse sus prometidas. Luchemos, pues, con lágrimas delante de Dios, con pena en el corazón, con gemidos secretos, para no caer en la misma vergüenza que ellos. Porque si hay bruma en el mar, y muchos barcos se pierden, mientras que otros son salvados, las gentes no dicen: “*¡Hundámonos como ellos!*”; sino más bien se confortan los unos a los otros, para no descorazonarse, y suplican a Dios que los ayude. En verdad, ¡pespa es la bruma sobre la tierra! Desnudémonos, y gritemos para no perecer. Porque si hay una tempestad en el mar encontrarás a los marineros y a los pasajeros alentando al piloto del barco; y el hombre que no se encuentra despojado de todo lo que pertenece a la perdición, no puede escapar en este mar encrespado. Moisés, en efecto, no pudo cantar al Señor sin haber atravesado el mar y visto la muerte de aquellos que quisieron retener a los de su raza en Egipto, para que les sirvieran como esclavos; y sólo cuando los hubo hecho atravesar el mar, como habían quedado libres, entonces dijo: “*Cantemos al Señor porque él se ha cubierto magníficamente de gloria. Ha arrojado al mar caballo y caballero*” (*Ex* 15,1).

Dios es fiel y poderoso para salvarnos

Por lo tanto, si el espíritu libera a las potencias del alma de las voluntades de la carne, y le hace atravesar el mar, la columna de su divinidad separará al alma de las voluntades de la carne; entonces, si Dios ve que la arrogancia de las pasiones se abalanzan sobre el alma, queriendo retener sus potencias en el pecado, y si el espíritu conversa en secreto con Dios, él le envía su auxilio, y las destruye todas de un solo golpe, como está dicho: «*Dijo Dios a Moisés: “¿Por qué gritas hacia mí? Ordena a los hijos de Israel que se apronten; en cuanto a ti, toma el bastón que tienes en la mano, y bájalo sobre el agua del mar, y éste se secará”*» (Ex 14,15-16). Dios es fiel para dar todavía hoy la mano a Moisés, para salvar a Israel de las manos de los Egipcios –que son las voluntades de la carne, que nosotros satisfacemos–; para que nosotros seamos también dignos de cantarle un cántico nuevo: “*Cantemos al Señor, porque él se ha cubierto magníficamente de gloria*” (Ex 15,1).

Cómo podremos decir nosotros: “*Porque él se ha cubierto magníficamente de gloria*”, si al mismo tiempo cedemos ante nuestros enemigos, si siguiendo nuestro deseo nos volvemos a Egipto, si apeteecemos aquello que comíamos cuando servíamos al Faraón, y si lo conminamos a Aarón: “*¡Haznos dioses que nos conduzcan a Egipto!*” (Ex 32,1), y si también por la *acedia* nos rebajamos a desacreditar el alimento espiritual (cfr. Nm 21,5). Pero Dios es poderoso para hacer bajar otra vez a Moisés de la montaña hacia nosotros, para que destruya el torito con cuernos por el cual nos hemos hecho enemigos de Dios. Y poderoso es Dios, que nos ha dado la penitencia para que volvamos otra vez todavía hacia él, para darle a Moisés la fuerza para rogar por nosotros, diciéndole: “*Si tú les perdonas sus pecados, perdónalos; si no, ¡bórrame del libro de los vivientes!*” (Ex 31,32); y para darle a Josué, a su tiempo, la fuerza para exterminar a los siete pueblos a los que se les había quitado la tierra prometida por su codiciosa malicia, a fin de que Israel recibiera su heredad, y la habitara sin ser objeto de envidia por los siglos de los siglos. Amén. De él vienen la fuerza, el auxilio, la protección, la sabiduría y la salvaguardia. Él, Nuestro Señor Jesucristo, permanece en nosotros, para gloria y honor de Dios Padre y del Espíritu Santo, antes de los siglos, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

Si lees esto, hermano, haz lo posible para poner todo tu interés en cumplirlo, para que el Señor te proteja a la hora de la tentación. Amén.